



INTRODUCCIÓN

El Viacrucis, el camino de la cruz, es una oración tradicional de la Iglesia, en la que se nos invita a recorrer, con Jesús, el camino que él realizó desde el enlosado del Pretorio, donde fue condenado a muerte, hasta el Calvario, donde fue crucificado.

El origen se remonta a los tiempos de Santa Elena (principios del siglo IV), madre del emperador Constantino; ella peregrinó a Jerusalén en busca de restos que probaran lo que los Evangelios contaban; una de las cosas que realizó fue el señalar el viacrucis, el camino de la cruz, y como oración para los peregrinos se pusieron las estaciones, unas basadas en los relatos de los Evangelios y otras en la tradición oral. Fue ya en el siglo XIII, cuando los franciscanos, custodios de Tierra Santa, divulgaron el Viacrucis por toda la Cristiandad: en sus conventos crearon recorridos con las 14 estaciones. Fue un franciscano, fray Leonardo de Porto Mauricio quién en el siglo XVIII lo llevó a Roma, iniciando los célebres viacrucis del Viernes Santo alrededor del Coliseo, en el año santo de 1750.

Este año lo escribo en tierras americanas, en Honduras, por ello, aunque me baso en el que escribí en el 2017, usando el Evangelio de Mateo para iluminar con la Palabra cada estación, esta vez, las citas las tomo de la Biblia Traducción Interconfesional editada por Verbo Divino en el 2016.

ORACION INICIAL

Padre misericordioso, concédenos vivir este Via Crucis con actitud de escucha para acoger tu Palabra llena de Amor; con humildad para aprender de tu Hijo que es posible perdonar a quienes nos causan dolor; y fieles a la llamada recibida para ser testigos de tu Amor.

María, Madre Dolorosa, que acompañaste a Jesús en este camino, enséñanos a vivir en la fortaleza, la confianza, y la esperanza, para aprender como lo hiciste tú que la cruz es el camino de la resurrección, del amor que perdona y abraza a todos sin condiciones. Te lo pedimos por Jesucristo nuestro Señor.

Amén.

I ESTACIÓN: JESÚS ES CONDENADO A MUERTE

*Te adoramos Cristo y te bendecimos.
Que por tu santa Cruz redimiste al mundo.*

Del Evangelio de Mateo. 27, 1-2.15.20.24-25.

Al amanecer el nuevo día, los jefes de los sacerdotes y los ancianos del pueblo tomaron el acuerdo de matar a Jesús. Lo llevaron atado y se lo entregaron a Pilato, el gobernador. En la fiesta de la Pascua, el gobernador romano solía conceder la libertad a un preso, el que la gente escogía. Pero los jefes de los sacerdotes y los ancianos convencieron a la gente para que pidiera la libertad de Barrabás y la muerte de Jesús. Pilato, al ver que nada adelantaba sino que el alboroto crecía por momentos, mandó que le trajeran agua y se lavó las manos en presencia de todos, proclamando: “¡Yo no me hago responsable de la muerte de este hombre! ¡Allá vosotros!”. Y todo el pueblo a una respondió: “¡De su muerte nos hacemos responsables nosotros y nuestros hijos!”.

A Jesús no sólo lo condenó Pilato, sino también los sacerdotes y su propio pueblo, también nosotros. Por eso, podemos afirmar que hoy seguimos condenando a Jesús, seguimos condenando al inocente, aunque no sea en la cruz. ¿Cuántos se dejan la vida ahogados en su intento de llegar a Europa? ¿Cuántos mueren en guerras como las de Siria, Yemen,..., ante la indiferencia del mundo? ¿Cuántos desaparecen en su paso por México en su intento de llegar a los EEUU? ¿Cuántos mueren cada día a causa de la violencia en nuestras ciudades, en nuestras calles? Ante los problemas que nos plantea la vida: cuidar de un recién nacido, cuidar de un anciano, de un enfermo ¿Qué soluciones buscamos? ¿El aborto, la eutanasia? Ante los problemas sociales ¿qué pedimos? ¿la pena de muerte, la cárcel, la expulsión del migrante? Cada vez que no defendemos la dignidad de la vida del otro, que no vemos al otro como un hermano que nos necesita, que tiene frío, hambre, miedo, que busca ser feliz y no sabe cómo, y nos desatendemos de él, de sus problemas, somos como ese pueblo que pide la muerte de Jesús, condenamos a muerte a Jesús, su sangre vuelve a ser responsabilidad nuestra no sólo del juez, del legislador, del verdugo, del sicario, sino de todos.

*Señor, pequé.
Ten piedad y misericordia de mí.*

II ESTACIÓN: JESÚS CARGA CON LA CRUZ A CUESTAS

*Te adoramos Cristo y te bendecimos.
Que por tu santa Cruz redimiste al mundo.*

Del Evangelio de Mateo 27, 31.

Después de haberse burlado de él, le quitaron la túnica, lo vistieron con sus propias ropas y se lo llevaron para crucificarlo.

Cargar con la cruz, hoy vemos a tantos cargar con sus cruces, cargar con sus mochilas, con sus instrumentos de trabajo, para ir a la maquila, a la caña, o los guatemaltecos que vienen a los cafetales hondureños,... Van a trabajar, a trabajar por un sueldo que no alcanzará a satisfacer dignamente las necesidades de sus familias, a trabajar sin protestar, pues es mejor tener ese trabajo que nada, a trabajar más horas que las estipuladas, a dar riqueza a la empresa y a la nación, a elaborar prendas deportivas que se venderán a nivel internacional, pero que nunca podrá comprar el obrero que las hace. ¿No estamos en una sociedad que se ríe del pobre, del obrero, del que es explotado y marginado? Luego, si cae en el alcohol, si cuando tenga ya los 50 años no encuentra trabajo, y, lo vemos dando tumbos por las calles, lo señalamos y pensamos que él se lo buscó, no estudió cuando era joven,... Pero, ahí están, hombres y mujeres que todos los días gastan sus vidas trabajando para otros, trabajando para pagar los estudios de sus hijos, con la esperanza de que ellos no tengan que ir a la maquila, ni a la caña,... Caminan día a día al Calvario para dar vida a otros... Como Jesús.

*Señor, pequé.
Ten piedad y misericordia de mí.*

III ESTACIÓN: CAE JESÚS POR PRIMERA VEZ

*Te adoramos Cristo y te bendecimos.
Que por tu santa Cruz redimiste al mundo.*

Del Evangelio de Mateo 16, 21.

A partir de aquel momento, Jesús empezó a manifestar a sus discípulos que tenía que ir a Jerusalén, y que los ancianos del pueblo, los jefes de los sacerdotes y los maestros de la ley le harían sufrir mucho, y luego lo matarían, pero que al tercer día resucitaría.

En lugar de las caídas, meditaremos sobre los tres anuncios de la Pasión que Jesús hace en su camino hacia Jerusalén en el Evangelio de Mateo. En este primero, anuncia lo que debe sufrir a causa de las autoridades sociales, religiosas y morales de su pueblo, autoridades que también lo condenaron a muerte. Actualmente, hoy, en muchas ocasiones, las autoridades sociales, morales, religiosas condenan más que salvan: ante el drama de una joven embarazada, que por la presión familiar, laboral y social, se ve obligada a abortar, muchas veces la respuesta es el desprecio, considerarla asesina, y como mínimo se le prometen todas las penas del infierno; lo mismo hacia quienes sufren rechazo por tener una orientación sexual distinta, o simplemente una sensibilidad distinta; no es extraño, incluso, ver a pastores y sacerdotes afirmando que ciertas enfermedades son “castigos de Dios”, con lo que el enfermo que las padece no solo tiene que sufrir la enfermedad sino el verse condenado públicamente como pecador, culpable de todo lo que está sufriendo. Jesús se identifica con todos ellos, Jesús al tocar y sanar a los leprosos se identificaba con los leprosos, no con los sacerdotes que les excluían, Jesús en este primer anuncio de su Pasión, en esta su primera caída se identifica con todos los excluidos socialmente, con todos los excomulgados, con todos los que sufren.

*Señor, pequé.
Ten piedad y misericordia de mí.*

IV ESTACIÓN: JESÚS SE ENCUENTRA CON SU MADRE

*Te adoramos Cristo y te bendecimos.
Que por tu santa Cruz redimiste al mundo.*

Del Evangelio de Mateo 12, 46-50.

Estaba Jesús hablando todavía a la gente, cuando llegaron su madre y sus hermanos. Se quedaron fuera, pero trataban de hablar con él. Alguien le dio aviso a Jesús: “Tu madre y tus hermanos están ahí fuera y quieren hablar contigo”. Jesús le contestó: “¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos?”. Y, señalando con la mano a sus discípulos, añadió: “Estos son mi madre y mis hermanos. Porque todo el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ese es mi hermano, y mi hermana, y mi madre.”

No encontramos en ninguno de los Evangelios el relato del encuentro entre Jesús y su madre en el camino hacia el Calvario. Si sabemos que María acompañó a su hijo durante su vida pública y que sin duda, haría todo lo posible por acompañarlo en su Pasión. En su lugar tenemos este relato de una ocasión en que María trata de ver a Jesús, y esta respuesta de Jesús, que no es un rechazo ni una ofensa a su madre, sino que subraya el mérito principal de su madre, ya que ella es la “esclava del Señor”, la que dijo “Sí”, al anuncio del ángel, la que cumplió en su vida fielmente la voluntad del Padre. Estas palabras son sobretudo un aliciente para todos y cada uno de quienes queremos seguir a Jesús, ser sus discípulos, para quienes en estos momentos lo acompañamos en el via crucis, ya que nos dicen que si nos esforzamos en vivir según la voluntad de Dios, nosotros seremos como María, seremos los hermanos y las hermanas de Jesús.

*Señor, pequé.
Ten piedad y misericordia de mí.*

V ESTACIÓN: EL CIRINEO AYUDA A LLEVAR LA CRUZ

*Te adoramos Cristo y te bendecimos.
Que por tu santa Cruz redimiste al mundo.*

Del Evangelio de Mateo 27, 32.

Cuando salían, encontraron a un tal Simón, natural de Cirene, y lo obligaron a cargar con la cruz de Jesús.

Si algo me llama la atención de esta estación es el hecho de que Simón no fue un voluntario, ni alguien que apenado ante el sufrimiento de Jesús se ofreciera a aliviarle en su camino hacia el Calvario, sino que fue obligado. Muchas veces hacemos las cosas por obligación: nos levantamos, acudimos al trabajo, atendemos a nuestros mayores o cuidamos de los pequeños, no porque queramos hacerlo, sino porque nos sentimos obligados, nos sentimos responsables y tenemos que hacerlo, pero ganas, la verdad que pocas. Lo importante es hacerlo, es estar ahí, y hacerlo, aunque no tengamos ganas, aunque parezcamos los más tontos del mundo por hacerlo ¿no habrían más hombres en Jerusalén que tuvieron que pillar a Simón? Quizás en ese momento nos sentimos forzados, nos sentimos mal, incluso después nos arrepentimos de haber hecho las cosas sin ilusión, sin ganas, como si fueran una carga, pero lo hemos hecho y eso es algo que nadie nos podrá quitar, como nadie puede borrar hoy en día que Simón de Cirene fue quién ayudó a Jesús a llevar la cruz, en ese momento sería una humillación, después un privilegio y un honor.

*Señor, pequé.
Ten piedad y misericordia de mí.*

VI ESTACIÓN: LA VERÓNICA ENJUGA EL ROSTRO DEL SEÑOR

Te adoramos Cristo y te bendecimos.

Que por tu santa Cruz redimiste al mundo.

Del Evangelio de Mateo 26, 6-13.

Estaba Jesús en Betania, en casa de un tal Simón, a quien llamaban el leproso, cuando una mujer que llevaba un perfume muy caro en un frasco de alabastro se acercó a él y vertió el perfume sobre su cabeza mientras estaba sentado a la mesa. Esta acción molestó a los discípulos, que dijeron: “¿A qué viene tal derroche? Este perfume podía haberse vendido por muy buen precio y haber dado el importe a los pobres.” Pero Jesús, advirtiéndolo que pasaba les dijo: “¿Por qué molestáis a esta mujer? Lo que ha hecho conmigo es bueno. A los pobres los tendréis siempre entre vosotros, pero a mí no me tendréis siempre. Al verter este perfume sobre mí, es como si preparara mi entierro. Os aseguro que en cualquier lugar del mundo donde se anuncie la buena noticia, se recordará también a esta mujer y lo que hizo.”

Tampoco tenemos el relato de la Verónica en los evangelios, esta historia nos ha llegado por los apócrifos, pero si tenemos el relato de la unción en Betania, que Jesús interpreta como un anuncio de su sepultura y que tiene como protagonista una mujer. En los momentos difíciles son muchos los que desaparecen: ¿dónde estaban los apóstoles durante el camino al Calvario? ¿no podría haber sido uno de ellos el que llevara la cruz? ¿no podría haber sido uno de ellos quién le ofreciera agua o enjugará el rostro? ¿dónde quedan los dirigentes en los momentos difíciles? Si están las mujeres, los pequeños, los que no cuentan pero que son los que hacen y viven de verdad el seguimiento de Jesús, sufriendo en sus propias carnes las consecuencias de ello. Luego, los dirigentes, los que se creen algo, juzgan el gesto del pobre, juzgan lo que hace el otro con sus bienes, porque ellos (con los bienes del otro, casi nunca con los suyos) lo hubiesen hecho mejor. En este momento podemos preguntarnos ¿hasta dónde estoy dispuesto a llegar en mi seguimiento a Jesús? ¿qué estoy dispuesto a arriesgar? ¿qué estoy dispuesto a dar?

Señor, pequé.

Ten piedad y misericordia de mí.

VII ESTACIÓN: JESÚS CAE POR SEGUNDA VEZ

Te adoramos Cristo y te bendecimos.

Que por tu santa Cruz redimiste al mundo.

Del Evangelio de Mateo, 17, 22-23.

Estando todos reunidos en Galilea, Jesús dijo a sus discípulos: “El Hijo del hombre va a ser entregado a hombres, que lo matarán, pero al tercer día resucitará”. Al oír esto, los discípulos se entristecieron mucho.

En este segundo anuncio de su Pasión, Jesús se refiere a los hombres en general, como a aquéllos a quien será entregado y aquellos que lo matarán. No he podido dejar de pensar en las esperanzas e ilusiones de tantas familias y tribus africanas que eligen a sus mejores jóvenes y les entregan sus bienes para que emprendan un viaje a través del desierto y el mar para llegar a Europa, con la ilusión de que allí serán acogidos, podrán trabajar y ganar lo suficiente para ellos y para sostener a sus familias y tribus; también en la esperanza de tantos padres que envían a sus hijos desde zonas de guerra, en Siria, Iraq, Yemen, hacia Europa, con la esperanza de salvarlos de la destrucción y de la muerte. Aquí, en Honduras, las esperanzas e ilusiones de los que integran las caravanas que atravesando Guatemala y México esperan llegar a los Estados Unidos. Se ponen en manos de los hombres, de la humanidad civilizada (los Estados Unidos, Europa,...), y ¿qué hacemos? Muchos no llegan, mueren en el desierto o en el mar, caen en manos de redes que tratan con ellos, e incluso, como sucede en Libia, los venden como esclavos; a algunos de los que llegan los devuelven al lugar de origen, otros son encerrados como delincuentes, nadie los quiere. Ojalá que ante esta realidad, nosotros, como los discípulos, nos entristezcamos mucho.

Señor, pequé.

Ten piedad y misericordia de mí.

VIII ESTACIÓN: JESÚS Y LAS MUJERES DE JERUSALÉN

*Te adoramos Cristo y te bendecimos.
Que por tu santa Cruz redimiste al mundo.*

Del Evangelio de Mateo 23, 37-39.

“¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los mensajeros que Dios te envía! ¡Cuántas veces he querido reunir a tus hijos como la gallina reúne a sus pollitos bajo las alas, y vosotros os negasteis! Pues mirad: vuestra ciudad va a quedar desierta. Porque os digo que no volveréis a verme hasta el momento en que digáis: Bendito el que viene en nombre del Señor.”

Mateo es muy breve en su descripción del camino hacia el Calvario, encontramos el texto evangélico de esta estación en el de Lucas, pero Mateo nos ofrece estas palabras de Jesús lamentándose del trato que reciben los profetas en la ciudad de Dios. ¿Qué trato recibe Dios en nuestra ciudad, en nuestro barrio, en nuestra casa, en mi corazón? Es fácil encontrar en las redes web católicas que se escandalizan de profanaciones de la Eucaristía o de que fieles comulguen en la mano, pero que difícil es encontrar en esas mismas webs escándalo por quiénes mueren de hambre, quiénes mueren por falta de medicamentos, a causa de la violencia,... Acaso no dijo Jesús a sus discípulos: “Denles ustedes de comer”. A veces, como en septiembre de 2015, la imagen de Alan, niño ahogado en una playa turca, da la vuelta al mundo, llena de indignación a muchos, pero, desde entonces hasta hoy, leí hace poco, han muerto otros 650 menores en situaciones similares en el Mediterráneo. Nos indignamos, pero seguimos consumiendo, no estamos dispuestos a cambiar de vida, a renunciar a nuestra posición, nuestra comodidad, nuestros usos y costumbres, por más que sepamos que para vivir así, muchos tienen que pasar hambre, sufrir violencia, morir,... Pero Jesús ya lo plantea muy claro: una ciudad, una sociedad, construida sobre la injusticia quedará desierta, se encamina hacia la destrucción, no puede subsistir. Una sociedad donde el inocente muere, es condenado,..., no tiene futuro, no más allá que el de su propia muerte.

*Señor, pequé.
Ten piedad os misericordia de mí.*

IX ESTACIÓN: JESÚS CAE POR TERCERA VEZ

*Te adoramos Cristo y te bendecimos.
Que por tu santa Cruz redimiste al mundo.*

Del Evangelio de Mateo 20, 17-19.

Cuando Jesús iba de camino subiendo hacia Jerusalén, llamó aparte a los doce discípulos y les dijo: “Ya veis que estamos subiendo a Jerusalén. Allí el Hijo del hombre será entregado a los jefes de los sacerdotes y a los maestros de la ley que lo condenarán a muerte, luego lo pondrán en manos de extranjeros para que se burlen de él, lo golpeen y lo crucifiquen. Pero al tercer día resucitará.”

En este tercer anuncio de su Pasión, Jesús une a los jefes de los sacerdotes y maestros de la ley con los extranjeros. Hoy día es fácil ver como quién aparentemente no se entienden entre sí, luego se unen para causar el dolor y la muerte del inocente, del justo, del pobre, y para enriquecerse: los que defienden la patria y quieren levantar muros frente a los inmigrantes, no dudan en favorecer que las grandes multinacionales, las empresas de otras naciones se hagan dueñas de la economía del país, y su política exterior gira en torno a conseguir que EEUU, Rusia o China les apoyen y firmen acuerdos comerciales. Los jefes de los sacerdotes consideraban a Pilato y a los romanos invasores, pero, no dudan en usarlos para que ejecuten a Jesús; no estamos de acuerdo con la explotación infantil, pero no dudamos en comprar ropa fabricada en la India, Bangla-Desh,..., aunque sabemos y sospechamos que ha sido elaborada por niños que deberían ir a clase, y están en condiciones de casi esclavitud.

*Señor, pequé.
Ten piedad y misericordia de mí.*

X ESTACIÓN: JESÚS ES DESPOJADO DE LAS VESTIDURAS

Te adoramos Cristo y te bendecimos.

Que por tu santa Cruz redimiste al mundo.

Del Evangelio de Mateo 27, 35.

Los que lo habían crucificado se repartieron sus ropas echándolas a suertes.

No solamente entonces, también hoy, los pobres, a pesar de su precariedad, de ser excluidos, de carecer de lo necesario para llevar una vida digna, son quiénes siguen sosteniendo la economía de los países ricos. Jesús fue despojado de sus ropas, fue despojado de todo, pues con sus ropas también fue despojado de su dignidad, que es lo que se pretende hacer con el reo cuando se le desnuda antes de matarlo, como hacían los nazis con los judíos, o los esclavistas con los negros, como se sigue haciendo hoy. Me contaba un amigo policía nacional, que tuvo que acompañar a un menor marroquí a la frontera de Ceuta para devolverlo a su país, que este, antes de llegar les quería dar su reloj, sus deportivas y sus pertenencias más valiosas, pues lo habían tratado bien, incluso le habían invitado a almorzar, y él sabía que la policía marroquí le quitaría todo lo que tenía de valor, incluso la ropa, antes de soltarlo para que fuese con su familia. Sabemos que a los inmigrantes que expulsamos a Mauritania o Marruecos, les esperan palizas, robos, volver al desierto, esclavitud e incluso la muerte, pero hasta el Tribunal Europeo de Derechos Humanos aprueba las “devoluciones en caliente”, como si fuera un nuevo Sanedrín. Lo vemos, pero no hacemos nada, no haremos nada, nos quedamos paralizados, como ante los desahucios por deudas de las clases empobrecidas, como ante el que está tirado en la calle, porque está borracho, porque está sucio,..., no vamos a despertarlo, damos un rodeo y seguimos de largo, como hicieron el sacerdote y el levita ante el hombre desnudo tirado en la cuneta.

Señor, pequé.

Ten piedad y misericordia de mí.

XI ESTACIÓN: JESÚS ES CLAVADO EN LA CRUZ

Te adoramos Cristo y te bendecimos.

Que por tu santa Cruz redimiste al mundo.

Del Evangelio de Mateo 27, 37-39.

Por encima de la cabeza de Jesús fijaron un letrero con la causa de su condena: “Este es Jesús, el rey de los judíos”. Al mismo tiempo que a Jesús crucificaron con a dos ladrones, uno a su derecha y el otro a su izquierda. Los que pasaban lo insultaban.

A Jesús también lo etiquetaron, le pusieron un cartel, le señalaron, sufrió el bullying: él, hijo de Dios, reconocido por muchos como Maestro o Rabbí, no va a ser aceptado por los sacerdotes, las autoridades o ancianos, y va a ser rechazado, acusado de hereje, blasfemo, loco, peligro social, y condenado a morir como el peor de los delincuentes. Jesús se identifica en la cruz con todos los rechazados, marginados, excluidos. Pero no sólo con ellos, también se identifica en la cruz con todos los delincuentes, con todos los condenados a muerte, incluso con los condenados justamente según la sociedad, ya que compartió el suplicio de la cruz con dos ladrones, dos delincuentes de verdad ¿Puede haber mayor rechazo a la pena de muerte que sufrirla siendo inocente en compañía de los culpables? No olvidemos nunca cuando pensemos que una condena es justa, que el otro se merece la exclusión y el rechazo, que Jesús se identificó con el otro, con el rechazado, con el condenado.

Señor, pequé.

Ten piedad y misericordia de mí.

XII ESTACIÓN: JESÚS MUERE EN LA CRUZ

Te adoramos Cristo y te bendecimos.

Que por tu santa Cruz redimiste al mundo.

Del Evangelio de Mateo 27, 46-54.

Hacia esa hora Jesús gritó con fuerza: *Eli, Eli, lemá sabaqtaní* es decir: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?” Lo oyeron algunos de los que estaban allí y comentaron: “Está llamando a Elías”. Al punto uno de ellos fue corriendo a buscar una esponja, la empapó en vinagre y sirviéndose de una caña se la acercó a Jesús para que bebiera. Pero los otros le decían: “Deja, veamos si viene Elías a salvarlo”. Jesús, entonces, lanzando otra vez un fuerte grito, expiró. De pronto, la cortina del Templo se rasgó dos de arriba abajo; la tierra tembló y las rocas se resquebrajaron; las tumbas se abrieron y resucitaron muchos creyentes ya difuntos. Estos salieron de sus tumbas y, después de la resurrección de Jesús, entraron en la ciudad santa, donde se aparecieron a mucha gente. El oficial del ejército romano y los que estaban con él vigilando a Jesús, al ver el terremoto y todo lo que estaba sucediendo, exclamaron sobrecogidos de espanto: “¡Verdaderamente, este era Hijo de Dios!”

Parece que a la hora de describir la muerte de Jesús, Mateo se explaya. En la muerte de Jesús, Mateo, nos muestra el Misterio de Dios, un Misterio que queda desvelado, a la vista de todo aquél que quiera verlo y dejarse transformar por él. El velo del Templo impedía que los fieles vieran lo que escondía el lugar más sagrado del Templo, así como tampoco podían ver como el sacerdote ofrecía los sacrificios expiatorios: el sacrificio de Jesús por toda la humanidad es un sacrificio público, puede ser visto por todos, pero, aunque sin velos, no puede ser entendido por todos, no todos quieren ver en el hombre muerto y colgado de un madero la máxima expresión del amor de Dios, unos ven a un condenado más, otros a una víctima más de un mundo injusto y cruel, otros al ser humano roto, quebrado, fracasado, pero ver en todo eso al Hijo de Dios, muerto por amor a la Humanidad, solo lo hacen los soldados que le ejecutan, los que menos esperábamos que pudiesen reconocerlo. Ojalá que ante el viacrucis y los relatos de la Pasión de Jesús, cada uno de nosotros, también podamos decir desde el corazón: ¡Verdaderamente, este era Hijo de Dios!

Señor pequé.

Ten piedad y misericordia de mí.

XIII ESTACIÓN: JESÚS ES BAJADO DE LA CRUZ

Te adoramos Cristo y te bendecimos.

Que por tu santa Cruz redimiste al mundo.

Del Evangelio de Mateo 27, 57-58.

Al atardecer llegó un hombre rico llamado José, natural de Arimatea, que se contaba también entre los seguidores Jesús. Este hombre se presentó a Pilato y le pidió el cuerpo de Jesús. Pilato ordenó que se lo entregaran.

En la sexta estación me preguntaba dónde quedaban los discípulos más cercanos a Jesús; ahora en el Evangelio de Mateo, en su relato de la Pasión, aparece uno de ellos, aunque un desconocido durante todo el Evangelio hasta este momento. No es raro en nuestro mundo, que muchas veces, ante una situación de injusticia, de violencia, ante la autoridad, ante los más fuertes, familiares y amigos desaparezcan; a lo mejor, a escondidas, cuando ha pasado el peligro, te van a ver, te tienden una mano, te aconsejan que cedas, que te vayas,.... En otras ocasiones, aparecen una vez que has muerto, este es el caso de José de Arimatea. Jesús nos invita a todos a seguirle, y, nunca será tarde para seguirle, incluso una vez muerto podemos hacerlo, como José de Arimatea, pero, hay que dar la cara por Él, hay que vencer el miedo y la vergüenza, José tiene que ir a ver a Pilato y pedirle el cuerpo de Jesús, y luego, tiene que mojarse con el crucificado, tiene que abrazarlo, y tocar un muerto la víspera del Sábado, para un judío, era quedar impuro para poder celebrar la Pascua, José de Arimatea se ha decidido por Jesús, no le importa que quién lo condenó a muerte sepa que él es su discípulo, no le importa romper con la tradición de su religión, no le importa quedar impuro, y sus bienes, su sepultura, la entrega a alguien que está muerto, no con la esperanza de que pueda pagarle, sino con el deseo de hacer algo por él. Todos podemos seguir a Jesús, pero para ello, tenemos que dar la cara, vencer miedos, liberarnos de nuestras tradiciones y desprendernos de lo nuestro.

Señor, pequé.

Ten piedad y misericordia de mí.

XIV ESTACIÓN: JESÚS ES SEPULTADO

Te adoramos Cristo y te bendecimos.

Que por tu santa Cruz redimiste al mundo.

Del Evangelio de Mateo 27, 59-61.

José, después de envolverlo en una sábana limpia, lo puso en un sepulcro nuevo que había hecho excavar en la roca. Después hizo rodar una gran piedra, cerrando con ella la entrada del sepulcro, y se marchó. Entre tanto, María Magdalena y la otra María estaban allí sentadas frente al sepulcro.

Tras la muerte nos queda la sepultura y el silencio, un silencio que puede convertirse en una piedra pesada que nos aplasta y ante la que sentimos la impotencia del no poder hacer nada, del vacío, del mal, como algunos describen la sensación de silencio que se experimenta en Auschwitz. En el Evangelio de Mateo se nos va describiendo como José de Arimatea, en silencio, depositó el cuerpo de Jesús en la sepultura, para después dejarnos con una imagen llena de esperanza: las dos mujeres, las dos Marías, seguidoras y enamoradas de Jesús, allí, frente a la sepultura, sentadas, en actitud de espera. Quién ama espera, y, espera incluso ante la realidad de la muerte y la sepultura, ellas esperaron, y serán ellas, las mujeres, las que si aparecen en el recorrido del viacrucis, las primeras en obtener el fruto de su esperanza: serán las primeras en ser testigos de la Resurrección de Jesús. No terminemos nuestra oración, nuestra meditación con la muerte, terminemos con la esperanza, una esperanza que nace del amor, del amor que hemos recibido de Dios, que se nos ha manifestado en la vida, pasión y muerte de Jesús, un amor que nos lleva a esperarlo todo en medio de la violencia, la frustración, el fracaso, porque el corazón, el amor, nos dice que no todo ha terminado, que el corazón sigue latiendo, que nos sigue amando, que le seguimos amando.

Señor, pequé.

Ten piedad y misericordia de mí.

ORACION FINAL

Señor, infunde en el corazón de todos los que hemos meditado las estaciones de este viacrucis, el sentimiento de sentirnos perdonados y reconciliados con quién nos entregó su vida y nos llama a ser testigos de su Resurrección. Por Jesucristo, Nuestro Señor. Amén.